

Señor Vice-gran Canciller de la Universidad Católica del Uruguay
Padre Rector,
Autoridades nacionales que nos honran con su presencia,
Sres. Vicerrectores,
Sres. Decanos,
Sres. Directores de Unidades académicas y de servicios,
Colegas miembros del cuerpo académico,
Estudiantes, graduados, funcionarios, familiares y amigos que nos acompañan:

Hace exactamente 20 años entré por la puerta de la recientemente creada Universidad Católica del Uruguay, para realizar unos cursos sobre formación de docentes de los que me enteré por la prensa. La universidad era más un proyecto rodeado de amenazas e incertidumbre que una universidad propiamente dicha, y yo era una todavía estudiante universitaria, formada en la universidad pública, la única que existía en el país hasta ese momento.

Si miramos veinte años atrás no solo a la vida de cada uno de los que hoy estamos aquí, sino a la *Universidad*, al *país* en el que vivimos, y al *mundo* que lo contiene, la sensación de camino recorrido es incuestionable, así como la constatación de cambios muy profundos. Por esto, es ineludible en este momento para mí, hacer una mirada de contexto y de recorrido, algo así como “de dónde venimos y hacia dónde vamos”, que me permita ubicar este acto y lo que significa, en el devenir de la vida de las personas que estamos involucradas en él y en el devenir de los hechos que le dan marco.

¿De dónde venimos?

Todos somos hijos de nuestro tiempo y de nuestra biografía. Por tanto, quienes integramos la Facultad de Ciencias Humanas constituimos un grupo muy diverso y rico en calidades. Pero también hay muchas cosas que nos unen.

Vivimos en un país en el que hace 20 años salíamos con gran esperanza de una experiencia muy dura, pensando que los cambios institucionales y de funcionamiento político y social traerían mejoras indudables en la vida de sus habitantes. Todos hemos sido testigos de la ingenuidad de tales pensamientos. El país ha ido dando pasos ciertos de mejora en varios campos (sobre todo algunos son muy prometedores para nuestros jóvenes), pero tenemos importantes indicios de que nuestra vida se ha deteriorado en numerosos terrenos: la escandalosa infantilización de la pobreza, la inmanejable delincuencia infantil y juvenil, el aumento de la exclusión, la inseguridad ciudadana, la segregación territorial, la segmentación educativa, la desintegración de la familia, la sangría que significa la emigración de ciudadanos jóvenes y con altos niveles de educación, por mencionar algunos muy notables y que son objeto de estudio en nuestra Facultad.

Recientes sistematizaciones de estos fenómenos plantean con crudeza algunas realidades: en el año 2004, en un país de algo más de 3 millones de personas, según el cálculo más conservador, había 870.000 pobres; sabemos que la mitad de los niños uruguayos están naciendo en la pobreza y uno de cada 10 niños menores de 6 años se encuentra en situación de indigencia; tenemos la educación pública con los mayores niveles de deserción en el nivel medio, de la región. ¿Qué clase de país deja que sus niños y jóvenes vivan esa realidad día tras día?

Hemos aprendido, entonces, que los cambios son procesos muy complejos que implican también cambios profundos en las *personas*, en sus sistemas de creencias, en sus formas de actuar, en sus valores y sus prioridades. No basta con modificar las formas institucionales de funcionamiento para garantizar los cambios deseados.

En ese país de experiencias duras y renovadas esperanzas que no logramos colmar, la Universidad Católica inauguró el camino de la educación superior privada del país en 1985. El panorama universitario hoy es radicalmente diferente al de hace 20 años. Hoy existen otras 3 universidades privadas y varios institutos universitarios que conforman el sistema de educación superior privada, enriqueciendo el panorama

de la educación superior y brindando de esta forma a los jóvenes, un cúmulo de oportunidades y de enfoques que con el sistema de monopolio estatal no existían.

Nuestra Universidad hoy cuenta con cerca de 6000 estudiantes y más de 700 docentes, de los cuales un creciente número son de tiempo completo y medio tiempo. La quinta parte de nuestros estudiantes asiste a programas de postgrado, que por cierto es el sector más dinámico de todo el panorama de la educación superior hoy en el mundo. Tenemos 6 Facultades, una Escuela Universitaria, varias sedes en el interior del país y un notable número de graduados.

Ahora bien, para comprender mejor “de dónde venimos” y el camino que hemos recorrido, también es necesario conocer nuestras fuentes filosóficas y las ideas fundantes que nos dan identidad. Y en esto les pido algo de paciencia, porque voy a ir un poco más atrás que 20 años, voy a ir algo así como 470 años hacia atrás...

Tantos años atrás, el 13er hijo de una noble familia campesina del País Vasco, que había sido herido en una batalla, y que a partir de ello había experimentado un formidable proceso de conversión en su vida, funda, ya en su joven madurez, junto a un conjunto de compañeros de estudios de la Universidad de París, una orden religiosa que inicialmente no se dedicaba a la educación, pero que por razones que ahora abrevio, con el devenir del tiempo sí se orienta hacia la educación en colegios y universidades.

En un reciente trabajo sobre los orígenes de la Compañía de Jesús, Luce Giard (distinguida profesora que hemos tenido el honor de recibir en nuestra casa) expresa:

“El pequeño grupo deja París con la certeza de que los desórdenes del mundo contemporáneo, sus inquietudes, conflictos y desgarrs, reclaman de los pastores del pueblo cristiano y de las élites sociales que sean más instruidos, y mejor preparados para ejercer las responsabilidades de sus cargos o de su rango. Según ellos, la educación es el medio por excelencia para iluminar las conciencias y armar las voluntades para el

servicio del bien común en la fidelidad a Dios Jesucristo.” (En *Tradición Jesuita*, 2003, p. 23)

Y subraya un aspecto que desde los orígenes ha sido central como fundamento de la educación que imparten sus instituciones, el de la *formación integral*. Dice Giard:

“Si los primeros jesuitas valoran las funciones y el trabajo de la inteligencia, las conciben como inseparables de la educación de la voluntad y de la piedad, a través de la indispensable purificación de los deseos, a lo largo del desarrollo espiritual de cada uno, a ser realizado en privado, en comunidad, en la vida social. Voluntad, inteligencia, imaginación, deben iluminarse mutuamente y ayudarse” (Idem, p. 27).

Este principio de la integralidad marcha junto a otro que le confiere una nota distintiva a la pedagogía que inauguran Ignacio y sus compañeros, y es el de la *cura personalis*, o sea, el cuidado de las personas. La relación educativa reposa sobre una relación personal de confianza, cuidado y crecimiento mutuo sin la cual la educación pierde su inspiración y sentido último. El docente de una institución guiada por los principios de Ignacio es un docente que coloca al estudiante en el centro de su tarea: lo conoce, lo guía, lo orienta y lo acompaña. No hay otra manera de concebir la verdadera educación.

Ya culminando esta breve incursión en los fundamentos que recogemos del pasado me permito subrayar otro principio que desde sus comienzos marcó la empresa educativa de San Ignacio, que es el del *servicio*. Este tema nos toca muy fuertemente hoy día. En unos minutos volveré a él para analizarlo como desafío que surge para nuestra Facultad y sobre todo para nuestro trabajo docente. Me limito ahora a señalar su importancia en el programa educativo inicial de la filosofía educativa que nos inspira. Es muy revelador conocer cómo surge.

El P. Fernando Montes, actual Rector de nuestra hermana Universidad Alberto Hurtado de Santiago de Chile, estuvo con nosotros hace 3 años

y pronunció una conferencia que no hemos olvidado. En ella se refirió a este punto de la siguiente manera:

“Ignacio quería ser santo y quería hacer lo que habían hecho los Santos. Era normal en ese tiempo poner la santidad en extravagancias, en cosas raras. Las vidas de los santos que tuvo a mano mostraban a hombres extraordinarios y a la vez muy raros como San Onofre que vivió setenta años haciendo las más terribles penitencias (...) Siguiendo su ejemplo Ignacio no comía, se cortaba la suela de los zapatos para hacer sacrificios, hasta que un día descubrió, y lo dice en su autobiografía, que él podía hacer bien a otra gente. El discernimiento le enseñó que la verdadera caridad (la discreta, la discernida) era más sencilla y simple. Consistía en entregarle su vida a los demás y a Dios. Amar es servir.

[Prosigue el P. Montes:] El servicio es una clave particularmente relevante en una sociedad y en una cultura como la nuestra centrada en el yo, en el ego y la competencia. (...) Este es un rasgo de nuestra cultura que nuestra pedagogía debe enfrentar. Se desdibujó la figura paternal, la figura del padre que nos inserta en una tradición, que nos hace pertenecer a una sociedad que va más allá de la estrecha relación afectiva con la madre. En nuestra educación primaria les enseñamos los Derechos del Niño y nadie les enseña los deberes. Estamos en una situación de formar pequeños monstruos vueltos sobre sí mismos, reyezuelos incapaces de vivir para los demás, que nunca sabrán vivir tratando de hacer felices a las otras personas.” (Claves de la Pedagogía ignaciana, En AUSJAL, 2002, pp 30-31).

Integralidad, cuidado de las personas y servicio son tres principios que se vuelven muy significativos en la propuesta y el trabajo efectivo de una universidad católica, especialmente desde una Facultad de Ciencias Humanas.

Finalmente, la comprensión del dónde venimos no quedaría completa si no consideráramos precisamente la unidad académica cuya conducción hoy asumo: la Facultad de Ciencias Humanas.

Esta Facultad se creó hace tres años, en el marco de un proceso de reestructura institucional que vivía toda la Universidad, con un núcleo central que venía de la antigua Facultad de Ciencias Sociales y Comunicación, más algunos Departamentos que ya existían o que se creaban como el de Filosofía, Ética, Historia, Educación y otras unidades que se encontraban dispersas en la estructura universitaria.

Recuerdo que discutimos mucho su nombre porque podía entenderse que si las ciencias humanas o referidas al hombre quedaban relegadas a *esta* Facultad, ¿esto significaba que el conocimiento que se desarrollaba en las otras Facultades de la Universidad no se referían al hombre? Por cierto que no. Tal como la frase renacentista, “nada de lo humano nos es ajeno”, tanto en Historia como en Ética, en Ingeniería, Economía o Psicología. No es una denominación excluyente ni exclusiva.

Sin desconocer el valor y los logros de anteriores Decanatos, esta Facultad ha vivido un proceso reciente de renovación y estructuración muy significativo, en el que lo que destaca sin lugar a dudas es el legado del Decanato que hoy termina, bajo la conducción de Cecilia Zaffaroni. Varios aspectos de este legado merecen ser señalados: un profundo cuidado por las personas que estuvo en la base de todas las decisiones y acciones por ella lideradas, una cultura del acuerdo y el diálogo en la búsqueda de soluciones; una notable capacidad de trabajo; una marcada capacidad de articular iniciativas y procesos en torno a objetivos compartidos; la aplicación de una metodología de trabajo en proyectos con evaluaciones periódicas; disciplina y alineamiento en la aplicación de normas generales de la Universidad; claridad en los procedimientos internos de la Facultad; y un notable reordenamiento administrativo, en el cual la conducción de la Decana tuvo una invaluable colaboradora en la SAF, Claire Hounie. Es un legado precioso que esperamos honrar.

Pero si bien este legado se debe sin ningún lugar a dudas a esta gestión, también es cierto que en la Facultad existe un conjunto de personas que han hecho posible esta realidad.

Si me preguntan qué dos cosas destacaría de esta Facultad hoy, me atrevería a afirmar que son el legado del Decanato de Cecilia Zaffaroni, y una notable acumulación de personas muy talentosas y con ganas de hacer muy bien su trabajo.

Es un muy buen comienzo....

Esta Facultad, entonces, así liderada e integrada hoy, ofrece cinco licenciaturas (Licenciaturas de Comunicación Social, Sociología, Ciencia Política, Servicio Social y Educación Inicial), una Tecnicatura (la de Educación para el Tiempo Libre y la Recreación), 10 Postgrados de Especialización y 3 Maestrías).

Además está integrada por 5 Departamentos (el de Comunicación Audiovisual, Éticas Aplicadas, Ciencias de la Religión, Filosofía y Educación, más el de Ciencias Sociales por crearse), 2 Institutos (el de Historia, y el de Desarrollo Regional y Local); el programa de Investigación IPES (sobre Integración, Pobreza y Exclusión Social), el Centro Técnico Audiovisual, un conjunto de Programas en proceso de expansión (Gerontología, Nuevas Tecnologías de la Información y la Comunicación, Medios y Vida Cotidiana, Estudios Periodísticos, Uruguay País Abierto, Estudios en Educación Superior, ITER, Extensión) y la Cátedra UNESCO de Comunicación.

En este momento la FCH sirve aprox. 800 alumnos de grado y 400 de postgrado. En ella trabajan 193 docentes en carreras de grado y cerca de 60 de postgrado, de los cuales un 20% son extranjeros. El país tiene hoy más de 800 graduados de las carreras de grado de esta Facultad, siendo la mayoría Lic. En Comunicación, y 460 postgraduados, de los cuales la mayoría son de Educación.

Una palabra más antes de mirar al futuro debo decir sobre el proceso que me puso en este lugar hoy. De él solo me cabe agradecer sinceramente la confianza de mis *pares de la Facultad* en expresar su

fuerte apoyo al postularme como candidata al Decanato, y muy especialmente a *Cecilia Zaffaroni* por su enorme generosidad y confianza en todo el proceso que me llevó a tomar la decisión; al *Consejo Directivo* que tuve el honor de integrar hasta hace un mes, por hacerse eco y reforzar dicha confianza, y al *Rector de la Universidad*, quien me ha alentado para asumir esta mezcla de desafío, aventura y responsabilidad mayúscula.

¿Hacia dónde vamos?

He repasado lo más brevemente posible lo que creo puede considerarse el marco o contexto de este acto, describiendo algunos desafíos que el país nos plantea, la historia reciente de la Universidad, algunas notas de su identidad y su pedagogía, y finalmente, una breve referencia al legado y la integración actual de la Facultad cuya conducción asumo aquí.

Ahora los invito a proyectarnos un poco hacia adelante.

En esto intentaré poner en juego esa cualidad que tenemos los docentes de volver sencillo lo que es verdaderamente complejo.

Educar es complejo, que es mucho más que enseñar, lo cual ya de por sí es ciertamente algo complejo. Ni que hablar de la complejidad del aprender (todavía tenemos mucho por aprender sobre cómo aprenden los seres humanos...).

Y nosotros aquí nos dedicamos (poniendo el foco en el corazón de nuestra tarea), nos dedicamos precisamente a lograr que los jóvenes aprendan, que nuestros profesores (nosotros mismos) enseñen, y que el conjunto de todas nuestras acciones eduquen, es decir, formen personas a la vez que profesionales.

Quizás toda la complejidad de nuestra tarea se vuelve sencilla si no perdemos de vista lo esencial: el foco de nuestra actividad está puesto en lo que ocurre en las aulas y cómo esto va modificando el interior de

nuestros estudiantes: su vida espiritual, sus sistemas de creencias, sus conceptos, sus habilidades, sus actitudes.

Por tanto, intentaré no apartarme de este foco en lo que sigue.

Antes debería advertir que creo que dar lineamientos antes de conocer en profundidad la realidad por conducir, es ciertamente un acto temerario. Por tanto, estos no serán lineamientos sino más bien tendencias o énfasis que guiarán nuestro trabajo, en diálogo permanente con esa realidad por conocer.

Podría decir que estos énfasis en su mayoría derivan de una convicción, que es la siguiente: estamos en un momento oportuno para concentrarnos en un verdadero fortalecimiento de todos los aspectos académicos y docentes de la Facultad. Parece ser que el rico legado de orden, transparencia y gestión eficiente, y sin desconocer lo que se ha hecho a lo largo de estos años en los temas académicos, parece ser que ese legado nos permite concentrarnos en la temática académica y docente, que son por así decirlo, el corazón de nuestro negocio....

Por tanto, congruentes con dicha convicción, los énfasis estarían puestos en:

- ✚ *No caer en la trampa de la ilusión refundacional. Es decir, mantener y fortalecer todo lo bueno de la etapa anterior y no pensar que la Facultad debe ser refundada. Hemos conocido y estudiado demasiados procesos de cambio (institucionales, educativos, hasta a escala nacional), que cayeron en esta trampa y creyeron que la historia comenzaba a partir de ellos...*

- ✚ *Crear y profundizar mecanismos y espacios institucionales que garanticen un fortalecimiento del trabajo académico. La investigación será central. Instalar grupos de discusión, think tanks, discusión de papers, presentación de avances de investigación. Promover la realización de Doctorados en el exterior.*

- ✚ *Fortalecer la difusión de la producción académica, ampliando la visibilidad de nuestros aportes. Crear mecanismos de publicación para la extensa producción de la Facultad. Instalar mecanismos regulares de difusión de nuestra producción académica. Crear mecanismos de difusión de dicha producción.*

- ✚ *Estos dos énfasis anteriores implicarán un importante esfuerzo de captación de fondos externos pues ambos aspectos demandan recursos. Debemos ser muy proactivos y creativos en este aspecto. Debemos estar listos para concursar por fondos, deberemos convencer a la sociedad civil de lo valioso de nuestro trabajo.*

- ✚ El aumento de la capacidad de investigación está ligado a un conjunto de esfuerzos que haremos para *volcar la investigación en nuestra docencia más de lo que lo hacemos en la actualidad*. Pocas cosas se comparan en el terreno intelectual a la emoción del descubrimiento realizado con los alumnos. Aventurarse intelectualmente en una clase, en una investigación, compartir la satisfacción de la creación, la confirmación de una hipótesis, es realmente fascinante, son momentos verdaderamente mágicos. Si hacemos esto cada vez más, nuestra enseñanza se verá enriquecida de una manera que todavía no sospechamos.

- ✚ *Nos proponemos trabajar con los docentes que así lo deseen, en el mejoramiento de la calidad de nuestras clases: mayor creatividad en los dispositivos didácticos, mayor conciencia de lo estratégico de las formas de evaluación.* Los aspectos pedagógicos de nuestra labor como profesores universitarios a veces quedan en un segundo lugar tras nuestra búsqueda solvencia profesional. Esto no es posible si nos alineamos con la educación integral y el cuidado de las personas. El amor por el saber, la pasión por el estudio, ¿cómo lograrlos? No alcanza con ser un docente vocacional e intuitivo, es necesario formarse y perfeccionarse. En esto ya hemos ensayado algunas formas experimentales que intentaremos generalizar al resto de la Facultad.

✚ *El punto anterior va unido a un paulatino y necesario proceso de fortalecimiento de las formas de enseñanza, llevándolas a formas más activas y creativas. Sabemos que el tema es contra-cultural, pero los jóvenes están llenos de condiciones que muchas veces no afloran o bien porque no sabemos estimularlos intelectualmente (por esto el punto anterior de mejoramiento de las capacidades docentes), o bien porque han llegado a la universidad con la ley del mínimo esfuerzo y estudiando solo en base a aprender apuntes de memoria, salvo honrosas excepciones. Es nuestro deber cortar esa inercia porque verdaderamente, quien forma jóvenes en esta cultura no los quiere bien. Nada hay menos cristiano que la mediocridad.*

✚ *Aumentar nuestro diálogo con la sociedad, profundizarlo, enriquecer dicho diálogo. La capacidad de propuesta, energía y esperanza de nuestros jóvenes es enorme. Solo debemos aprender a provocarla y encauzarla, poniéndola frente a los problemas y dilemas que les plantean la profesión y la vida.*

Aquí cito al P. Kolvenbach, Superior de la Compañía de Jesús, en ocasión de dirigirse a la Asamblea de la Enseñanza Superior en la Universidad de Santa Clara, en California, en octubre de 2000:

“La injusticia hunde sus raíces en un problema que es espiritual. Por eso su solución requiere una conversión espiritual del corazón de cada uno y una conversión cultural de toda la sociedad mundial, de tal manera que la humanidad, con todos los poderosos medios que tiene a su disposición, pueda ejercitar su voluntad de cambiar las estructuras de pecado que afligen a nuestro mundo.”
(Discursos Universitarios, 2001, pág. 42).

Es exactamente allí donde nosotros trabajamos: en el interior de nuestros alumnos. Son ellos los que, con sus obras, como graduados, darán testimonio de nuestra tarea como formadores. Son ellos los que seguramente se enfrentarán a nuevos retos y desafíos humanos y técnicos, y harán lo suyo para hacer de este

mundo, algo mejor de lo que lo encontraron. En este propósito tenemos mucho en común con el pequeño grupo de París de hace 470 años del que hablaba más temprano...

- ✚ Otro énfasis debería estar puesto, para potenciar todo lo anterior en una necesaria *internacionalización de la Facultad* llevada adelante con decisión y sistematicidad. En el mundo de hoy, pero sobre todo, en el mundo de la educación superior de hoy, es ineludible conectar cada vez más a nuestros docentes, gestores y estudiantes con el riquísimo mundo de la educación superior internacional.
- ✚ Los *graduados de esta Facultad*, que constituyen un numeroso grupo de calificados profesionales que han alcanzado renombre, distinciones y cargos de relieve en sus respectivas profesiones, constituyen un grupo humano con el que creemos que deberíamos trabajar más estrechamente por el enriquecimiento de nuestra propuesta educativa.

En definitiva, me encuentro, nos encontramos, queridos colegas de la Facultad y de la Universidad toda, ante un notable y apasionante desafío, ante una gran oportunidad. Deseo y confío en que encontraremos los caminos de poner éstos y otros énfasis en juego en nuestro trabajo, y que trabajaremos en y por un clima de relacionamiento en donde el *respeto y la responsabilidad guiarán nuestros actos*.

Agradezco una vez más esta oportunidad profesional, pero también agradezco a mi *familia*, a mis padres, que con su ejemplo marcaron mi vida y mis decisiones en las que siempre me dejaron la mayor libertad, a mi hermano, por ser tan hermano, agradezco muy especialmente a mi hijo Agustín, quien desde que nació ha tenido que resignar muchas horas de su madre por las obligaciones laborales que ella tenía y aún así ha apoyado esta decisión, y a mi nueva familia, por darme un voto de confianza cuando recién comenzamos a caminar juntos.

Muchas gracias a todos por estar aquí.

